



En el Palacio de El Pardo el día de la Pascua Militar

La anual ofrenda de adhesión y felicitación al Jefe del Estado, que es tradicional en nuestras Fuerzas Armadas, tuvo lugar con gran brillantez, el día 6, en el Palacio de El Pardo. Asistieron al acto, con los Ministros de Tierra, Mar y Aire, los Generales y Coroneles que prestan servicio en Madrid.

A las sentidas frases de salutación que a S. E. dirigió el General Dávila, contestó el Caudillo con las siguientes palabras:

Mi General, señores:

Yo bien quisiera, en esta Pascua de Reyes en que, siguiendo la vieja tradición militar, ventis a ofrecermos el testimonio renovado de vuestra lealtad y afecto, el poder corresponderos con una felicitación llena de paz y de promesas de bienestar a que sois acreedores por vuestra vida militar plena de méritos y sacrificios; sin embargo, no está el Mundo para satisfacciones y descansos: a nuestra generación le

ha correspondido el honor de ser la generación del sacrificio, la que ha de alumbrar para España una nueva era y por la que, desde que abandonamos las aulas, no hemos dejado de combatir.

Vivimos, como sabéis muy bien, tiempos inciertos que pueden ser decisivos para la propia existencia de las naciones, en que la amenaza que sobre el Mundo se cierne es incomparablemente mayor que las que hasta hoy han venido afectando, al correr de los siglos, a los distintos pueblos. No se trata ya de diferencias que se solucionan con un encuentro bélico y una paz más o menos costosa, sino de la propia existencia de la Civilización del Occidente, la amenaza más bárbara y cruel que se haya jamás cernido sobre el Universo. No es el posible avance de unas hordas bárbaras y primitivas capaces de ser absorbidas por una civilización superior: es la organización sistemática de un materialismo que lleva treinta años inculcando su odio contra todo lo que signifique esta civilización, y que no marcha tampoco abiertamente y con las banderas desplegadas, sino que lo hace subrepticamente, sembrando antes en los lugares que pretende dominar la semilla de la disociación, el germen que incapacita para la resistencia y que convierta a las naciones en cuerpos muertos donde el comunismo opera.

Por todo esto no se trata ya de una amenaza que pueda soslayarse o a la que pueda volverse la espalda, sino de un peligro real que solamente se puede superar con los valores eternos del espíritu y con la fe y la seguridad en nosotros mismos; con la firmeza plena que debe existir de que todos los elementos de la nación, en cualesquiera que fuesen las circunstancias, extremarían su resistencia en la defensa de su fe, de su independencia soberana y de la existencia y paz de sus hogares.

Para nosotros, los que por nuestro carácter militar vivimos bajo el signo de Marte, la paz no pasa de ser un simple accidente, ya que nuestra vida se desliza durante ella estudiando, preparando y meditando sobre la guerra. Por ello no podemos asustarnos por muchos que sean los problemas y las nubes que en el horizonte se levanten. Tenemos la obligación de inculcar la fe y la confianza en el país y, llegado el caso, de encuadrarle y asegurarle la victoria. Pero esta defensa del país en los tiempos modernos tiene dos partes: una, eminentemente militar, que cuida de la organización y preparación de los Cuadros de Mando, de la evolución de la Táctica, de la puesta a punto de las armas y la movilización, y de la perfecta instrucción de los contingentes que afecta a la misión específica del Ejército profesional; la otra parte es básica y afecta a toda la nación y comprende la unidad y el buen espíritu del país, la preparación económica y el progreso industrial que aseguren el mantenimiento del esfuerzo bélico, ya que sin virtudes, ideales y medios, podría alcanzarse sólo la resistencia aislada, los hechos heroicos esporádicos, pero nunca mantener en el tiempo y en el espacio la resistencia y, al final, la seguridad de la victoria. Por eso no basta, como muchas veces dije, que nosotros, los elementos armados, mantengamos aislados nuestra disciplina y nuestros altos ideales; necesitamos tener detrás una nación animada por el mismo espíritu y que a nuestras filas acudan como, gracias a Dios, llegaron durante nuestra Cruzada las juventudes sanas, llenas de espíritu y de entusiasmo, a fundirse en el gran crisol de la Patria, constituido por los Cuerpos Armados; y lo mismo que entonces, en los últimos rincones de la nación, las madres españolas, conscientes de lo que para España se ventila, pongan el fuego voluntario de su fe como lo pusieron en nuestra Cruzada.

En esta preparación no hemos parado de trabajar. Si más no hemos alcanzado es porque a España le han faltado materialmente los medios para conseguirlo; pero hemos de pensar que jamás los Ejércitos en ninguna guerra se han considerado satisfechos de su material y de sus medios; siempre fueron éstos inferiores a lo que su honrada ambición y sus deseos demandaban. Constituyen en el Mundo excepción los Estados que, por tenerlo todo, poco o nada necesiten de los otros.

En esto nuestros Ejércitos tienen una hermosa tradición: la de nuestros viejos Capitanes, aquella frase famosa que demuestra el temple de nuestro pueblo, la de que: "Con todos los soldados y todas las armas sabe ir el Capitán español a la guerra". Lema de nuestra incomparable Historia Militar. Nuestros Capitanes no midieron jamás los medios ni las armas, de lo contrario, la mayoría de nuestras gestas en el Mundo hubieran quedado inéditas. Nuestra Cruzada no hubiera podido tener realización.

En este campo de la guerra, aunque a otros no guste, hemos de señalar con alborozo un acontecimiento que los sucesos actuales del Mundo han llevado al primer plano: el del resurgir del valor del hombre y de la táctica, que viene a ratificar que, pese a la perfección de la máquina y a la acumulación del número, el hombre, la táctica y los valores espirituales y morales siguen teniendo primacía. El Arte Militar será eternamente joven. ¡Desgraciados de los pueblos que asienten sus ilusiones de victoria exclusivamente en el número y perfeccionamiento de sus medios materiales!

Si en la última etapa de la guerra europea por las grandes concentraciones de material y la potencia de los medios pudo considerarse la acción de éstos como deseaban, no podemos dejar de considerar el que la dirección y decisiones de la guerra estuvieron, durante casi todo el tiempo, en manos profanas y no en las de los militares, y que, como consecuencia de ello, hubo ausencia absoluta del empleo de la táctica, dejando la guerra reducida a la carrera de efectivos y material sin que aquella pudiera compensar las diferencias, cuando la Táctica y el Arte Militar han constituido siempre el triunfo del hombre y del espíritu sobre la materia. Si la Ciencia nutre de medios a la guerra, la guerra es siempre Arte, y como tal necesita del hombre y de su espíritu, del virtuoso que sepa sacar del instrumento sus más sublimes expresiones.

En estos momentos de crisis universal y de desconfianza en que el Mundo teme a lo que el destino le depara, somos el único pueblo que permanece sereno y que, por apercibirse a tiempo de la amenaza y haberle buscado remedio, viene, sin embargo, sufriendo desde hace catorce años la enemiga, sistemá-



tica del comunismo soviético. La conjura internacional que Moscú dirigió y el Occidente, torpemente, ayudó, valoración de la importancia que el comunismo nos asigna, ha acentuado las diferencias que por la manera de concebir la vida teníamos con aquellas naciones. Hoy el Mundo, apercebido de su error, intenta venir a nuestro campo; los peligros y el interés común parecen acercarlos. Yo bien leo en vuestro pensamiento lo vacío y débil que se presenta a vuestros ojos la mayoría de lo que vemos a nuestro alrededor y las reservas que hemos de guardar a la eficacia de su cobertura; pero, por poco que eso valga, no por ello podemos incurrir en el error que otros cometen de devalorar aquello que se necesita, ni caer en el pecado de orgullo al negar a los otros, por mal que los veamos, de alcanzar aquello que nosotros fuimos capaces de realizar. No era, por cierto, muy halagüeño el juicio aparente que el Mundo podía formar de nosotros antes de nuestra Cruzada. Hemos de pensar que si, desgraciadamente, llega para Europa un período de prueba, allí donde haya una nación entera que se defienda, donde exista una fe, una concentración de hombres y una unidad, allí polarizarán y se encontrarán los elementos sanos de Europa en número insospechado.

No sabemos el papel que Dios, en este orden, tenga reservado a nuestra Patria; no olvidemos nos otorgó el don inapreciable de nuestra fe y las virtudes inigualables de nuestro pueblo. No sería para que los conservásemos en actitud contemplativa. Si una vez más en la Historia fuésemos de El elegidos, sabremos hacer honor a la elección seguros de que el que nos elige no puede abandonarnos.

Llevad esta confianza a todo el país, seguros de que el pueblo que tiene consigo la fe y una voluntad firme de vencer y de resistencia lleva siempre consigo la victoria.

Y nada más que reiteraros mis deseos de venturas para todos los hogares de esta gran Familia Militar que constituimos, en este día de nuestra Pascua Militar de Reyes.

¡Arriba España!

